



Carta desde el Desierto (13)

“Decid ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios... Es que no son hombres?”

Adviento-Navidad 2013

“Llegado el domingo y la hora de predicar, subió al púlpito el susodicho padre fray Antón Montesinos, y tomó por tema y fundamento de su sermón, que ya llevaba escrito y firmado por los demás hermanos de comunidad: *Ego vox clamantis in deserto*. Hecha su introducción y dicho algo de lo que tocaba a la materia del tiempo del Adviento, comenzó a encarecer la esterilidad del desierto de las conciencias de los españoles de esta isla y la ceguera en que vivían; con cuánto peligro andaban de su condenación, no advirtiendo los pecados gravísimos en que con tanta insensibilidad estaban continuamente zambullidos y en ellos morían. Luego torna sobre su tema, diciendo así: «Para os los dar a cognoscer me he sobido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla; y, por tanto, conviene que con atención, no cualquiera sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la oigáis; la cual será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír». «Esta voz [os dice] que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. **Decid ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios?** ¿Con qué auctoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muerte y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades [en] que, de los excesivos trabajos que les dais, incurren y se os mueren y, por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine y cognozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? **Estos, ¿no son hombres?** ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado [en] que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo».

Fray Antón de Montesinos OP, Sermón de Adviento 1511 (Según crónica de Fray Bartolomé de las Casas).

Queridos Amigos de la Misión.

Veía desde hacía un buen rato su inconfundible humareda de muerte y destrucción; conducía yo en dirección contraria a esa columna, y a pesar de formar parte del habitual paisaje de estas martirizadas regiones, uno no acaba de acostumbrarse a semejante espectáculo. Seguía yo a las afueras de Gode sentado al volante del todoterreno atestado de colaboradores y mujeres que querían aprovechar el viaje por rutas por las que pocos se aventuran a transitar y por las que el transporte público es una quimera.

Los avisos de las Embajadas invitando a la prudencia y a abandonar la región somalí han sido constantes en estos últimos días; sorprendentemente hasta el mismo gobierno etíope lleva días instando a la población a no salir de casa, a extremar la vigilancia... el terror se masca en el ambiente... Me voy acercando a la salida de la población por una de las callejuelas de barro reseco y cocido bajo el implacable sol africano y parapetadas de casuchas redondas de adobe techadas de ramales y rodeadas de una simple empalizada de matojos. Veo la misteriosa procesión aproximarse a nosotros con paso violento y a velocidad endiablada. Y cuando el interminable convoy de vehículos militares está prácticamente encima de nosotros como la tromba de una estampida, logro orillarme y dejar paso a esa procesión de un ejército que regresa del frente en la frontera somalí para tomar posiciones más defensivas en torno a las poblaciones fronterizas.

Veo camiones de un número absurdo de ruedas cargados con tanques y cañones espeluznantes de calibres varios desfilar ante mis ojos; camiones llenos de armamento, camiones llenos de municiones, y sobre todo cientos de camiones repletos de soldados, camiones, camiones y más camiones. Es la procesión de la guerra, es la procesión de la muerte...

Me llaman la atención los rostros de los soldados, regresan eufóricos, ebrios y enloquecidos por un frenesí de adrenalina y exaltación bélica. Han sido muchos meses viviendo bajo la sombra de la muerte, durmiendo al raso y comiendo esporádicamente. Han visto compañeros de armas volar por los aires por una mina o descerrajados por una ráfaga de metralla. Van a entrar en Gode y lo van a tomar al asalto... esta noche los bares serán suyos y todo el alcohol será suyo, y todas las prostitutas serán suyas. Piensan que se lo merecen, es su trofeo de guerra... Así es Gode, así son estas interminables extensiones de la geografía africana por culpa de la maldita regla y cartabón del Imperio Británico y demás potencias europeas que, con su prepotencia sin límites dibujaron fronteras ficticias y enfrentaron a clanes y pueblos en guerras incomprensibles que desangran esta preciosa parte del mundo.

Me fijó en los rostros de estos chavales-soldados de mirada desorbitada, que nada saben ni de historia ni de geografía y apenas si entienden para qué luchan y porque viven amarrados a la empuñadura y la culata de un fusil. Tanta gente joven, tantas vidas estupendas, tantos hombres y mujeres (sí, mujeres también) con la vida por estrenar, cada uno de ellos un proyecto de Dios para la vida, para el amor, para los más hermosos

ideales, hacinados en esos carruajes de verde oscuro, material desechable para la codicia de los señores de la guerra que ni siquiera son de aquí ni viven en este país.

Siguen pasando camiones y todos hemos empezado a toser el polvo que vomita la maquinaria militar, estoy orillado y mientras mi bulliciosa tripulación cotorrea en somalí detrás mío, todos a la vez, como si nada pasara, ahí estoy yo, sacerdote y misionero de Jesucristo... Un pensamiento me ronda la cabeza y me lleva rondando desde que ha comenzado el Adviento... y es que 2000 años hace que el Verbo de Dios se hizo carne no lejos de aquí en una tierra semejante a esta. Cuando vino Dios al mundo, su tierra y su pueblo también estaba atestado de ejércitos extranjeros, y su terruño lo pisoteaban las botas de las legiones de un Imperio prepotente.

Y yo ahí sentando en mi vehículo orillado por estas maquinarias jurásicas me siento tan pequeño, tan impotente... Quiero decirles a todas las gentes de Gode que rezan a otro Dios diferente del mío, a los militares omnipotentes, a los que están sentados en los asientos traseros de mi coche que Jesús es “el príncipe de la paz”, pero mi voz se ahoga en el reseo de la garganta y nadie oye nada.

Pienso en los sermones de los curas, pienso en tantísimas homilías que predicamos obispos y sacerdotes, a veces con tan poca convicción que quizá ni nosotros mismos nos creemos lo que decimos... ¡Cuántas palabras vacías, cuántos sermones irrelevantes y sin sustancia, cuánta predicación sin corazón! Palabras que no desafían ni comprometen a nada, palabras salidas más de los manuales de homilética que del alma incandescente de un pastor herido, de un pastor enamorado.

Cuántas homilías de las que la gente al salir de su cumplimiento dominical a la calle no recuerda ni una sola palabra... Ya lo decía el gran Paul Claudel cuando se quejaba de los católicos al salir de Misa de domingo: “*Míralos, bajan del calvario (la Misa) y vienen hablando del tiempo...*”. Homilías y predicaciones vacías, palabras que se lleva el viento de la insustancialidad.

Pero, hermanos, hay homilías que cambian el mundo, sermones que enderezan las historia de los pueblos y las naciones; hay predicas que pueden cambiar una vida para siempre; hay sermones de los que uno puede decir mi vida se divide en antes de y después de esa homilía.

Se acerca el tercer domingo de Adviento en esa cuneta orillado por la estampida de convoyes militares y me viene a la memoria por estas fechas una homilía, un sermón, que ni los ricos ni los pobres, ni los representantes de la corona española, ni lo potentados, ni los mismísimos Reyes Católicos, ni las gentes que vinieron después podrían ya jamás olvidar. Hay sí, homilías vacías que no sirvieron para nada, pero también han habido sermones que cambiaron la historia del mundo...

Tercer Domingo de Adviento, zona colonial de Santo Domingo, iglesia de los padres Dominicos año de Nuestro Señor de 1511; allí están los ricos, los poderosos, los hacendados, los explotadores de piadosa misa dominical, allí están los aristócratas y los

miembros de la Corona... de pronto, un fraile sencillo sube al pulpito y predica las palabras con las que comienza esta carta. No fue un sermón irrelevante como tantos como se predicaran en las iglesias de nuestra anestesiada cristiandad. Este sí que fue un sermón que cambió la historia de un continente y que por supuesto al predicador le costó la expulsión y casi la vida.

Porque es verdad, hermanos, hay homilías y sermones que cambian el mundo, que transforman los corazones. Quinientos años después, nadie puede ignorar las palabras del gran Fray Antón de Montesinos, OP.

Y por si alguno piensa que Santo Domingo y Gode están geográficamente separados en extremo y que 1511 le viene muy lejano a nuestro agonizante 2013, que lo piense dos veces; y es que sus palabras, gritadas al viento frente al malecón del mar Caribe no pueden ser más verdaderas mientras veo pasar “la turba harapienta” de la que habla el gran Marrero Aristy; esta vez disfrazada la turba no de picador de caña sino de soldado etíope, sucio, hediondo y abocado a un sinsentido de vida, camino del vacío, la nada, la soledad.

Hoy también las palabras de Montesinos me obligan a preguntarme si todas esas gentes del pobre pueblo somalí, que ha visto pasar demasiadas tropas militares de allá para acá y de acá para allá todo los días de su vida ¿No son hombres? Como retóricamente interrogaba Fray Antón. Yo sí que siento más sus palabras, las que el fraile dominico del Bautista en el Evangelio se aplica a sí mismo: “*Ego vox clamantis in deserto...*” Esas mismas palabras retumban en mi corazón y siento que me definen, que autobiografían mi ser y estar en la misión, en este desierto de arena y desangrada soledad.

Y ¿qué grito yo desde el púlpito de esta absurda y congénita miseria en este secarral inhóspito aparentemente estéril? ¿Qué quisiera que estos somalíes nómadas de tantos vientos, refugiados y desplazados por violencias, hambrunas y conflictos fratricidas entendieran? Y me viene a la mente el rostro y la ternura de una mujer, la que trajo al mundo la paz en medio de tanta violencia; la que venció ejércitos invasores y reyezuelos tiranos; la mujer que proclamó a los cuatro vientos que no hay trono para los poderosos que Dios no derribe y que los pobres presiden la procesión de los que nos llevarán la delantera en el camino del Reino. La mujer cuyo corazón exulta de gozo en su propia pequeñez porque sabe que no es poderoso ni rico quien ostenta arrogantemente el poder o los tesoros de este mundo sino quien arrulla en el pesebre de su corazón a su hijo pequeño.

Miro a esta mujer y creo en la fe que sólo Dio tiene poder y que en mi propia impotencia quiere hacer obras grandes también por mí.

Nazarena de mi esperanza, un nombre que sabe a fe indomable, y a serena calma en medio de los tormentos de este atribulado pueblo somalí; Señora Santa María, Virgen del alma, María de Nazaret, María solo por quien nos llega esperanza en este absurdo ir y venir de la maquinaria de guerra que amenaza con borrar hasta el último rastro de otra

Navidad. Sigue retumbándome en los oídos el tremor del este interminable convoy... A través de la ventanilla del coche veo los rostros de decenas de niños musulmanes somalíes aterrorizados y aferrados a las túnicas de sus madres, mientras se asoman a las empalizadas de sus casuchas, les miro y me sonrío, ya muchos me conocen porque me ven pasar por delante cada mañana y cada tarde en mis correrías apostólicas, algunos me saludan tímidamente con la mano y yo hago lo mismo. Y sigo dándole vueltas... ¿qué pensará Nuestra Señora de este absurdo espectáculo, la de pretender imponer la paz a través de las balas de un cañón o las ráfagas de un fusil? ¿Con que ojos no mirará Ella, la más madre de todas las mujeres precisamente por ser la más virgen, a esos niños, a esas niñas pequeñas que a los once años serán mutiladas por la ablación y a los catorce o poco más dadas en matrimonio como segunda, tercera o cuarta esposa de cualquiera que tenga tres camellos o un puñado de cabras por dote?

O como nos dice nuestro gran Papa Francisco: *“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura... Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas”*.

La encarnación del Verbo, el nacimiento de Jesucristo desenmascara a la humanidad de todas sus mentiras, de todas sus fantasías y de sus vanas ilusiones; amigos, lo queramos reconocer o no, todos llevamos una máscara puesta, todos nos cambiamos la careta según sople el viento y cambien las circunstancias de la vida; hay veces que la máscara la llevamos tan incrustada y durante tanto tiempo que al mirarnos al espejo, se nos olvida quién de verdad somos... pero a veces, si tenemos suerte, de cuando en cuando pasa alguien a la vera de nuestra vida que nos la arranca de cuajo con gomita y todo y nos revela la persona que en el fondo estábamos llamados a ser, la persona que deberíamos haber sido. Lo sabemos bien, por la orilla de nuestra vida ha pasado gente que nos ha desenmascarado y dejado tan desnudos como ese pequeño niño la noche del establo. Esas personas tienen nombre y apellidos, tienen nombres y rostros concretos. A ellos les debemos la vida, la vida de verdad, con mayúsculas.

Fray Montesinos fue ese hombre para esos ricachones explotadores, esos hacendados españoles sin escrúpulos que todos los días tiranizaban a las poblaciones indígenas y ese domingo de adviento por la mañana se habían puesto – una mañana más como si tal cosa – la careta piadosa de la religión oficial de la España invasora. Poco se imaginaban los todopoderosos representantes de la corona española, los muy católicos representantes de nuestros muy católicos Reyes Católicos, que esa mañana, un fraile, un sermón, les iba arrancar la careta de cuajo, la máscara de la hipócrita religión que enmascaraba sus fechorías, sus abusos, su codicia, su desprecio a los pobres. Un sermón, ya lo veis amigos, no de esos irrelevantes que una vez más se predicarán este domingo, un sermón que 500 años más tarde resuena con la misma frescura de antaño y que a todos nos desenmascara...

“Decid ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ...Estos, ¿no son hombres?”

Y es que los pobres nos desenmascaran a todos, nos arrancan los disfraces, las caretas y los maquillajes. Los pobres, sí, porque pobre absoluto era el Verbo en la noche del establo, Logos omnipotente de Dios revestido de nuestra carne y sangre; revestido de nuestras pobreza todas, aún las más vergonzantes.

Señora, Nazarena de mi alma, arráncame la careta y el disfraz de mi propia mediocridad y prepotencia con la venida de tu Hijo esta Navidad, para que esos chavales somalíes que me saludan desde esa empalizada no piensen que mi religión es como la de aquellos potentados españoles que practicaban tanta religión pero tenían tan poca fe, tan poco evangelio... Quienes tras el disfraz de sus devociones adoraban los ídolos de su codicia, el “dios mamona” de sus dineros.

Montesinos los desenmascaró a esa mañana a todos ellos.

¿Quién desenmascarará este absurdo convoy polvoriento y arrogante que desfila ante mis ojos sobre este martirizado suelo somalí, que a lo largo de los años ha visto desfilar tantos ejércitos, galopantes de tan varias banderas y estandartes?

¿Seré acaso yo, el único misionero-pastor en miles de kilómetros a la redonda trepado sobre este incomprensible e improvisado púlpito de la miseria?

Pero ¿Y a quién voy a desenmascarar yo y anunciar desnuda la alegría del evangelio si primero no es desenmascarado el predicador en esta Navidad?

Os bendice y os pide oraciones.



Padre Christopher

Para colaborar, aquí tenéis los datos.

Titular: Fundación Misión de la Misericordia
Entidad: BANKINTER
Número de Cuenta: 0128-0014-73-0100029293
Iban: ES0801280014730100029293
Código SWIFT o BIC: BKBKESMMXXX